

Los reconocimientos estimulan la pasión por el trabajo, pero no tanto como la satisfacción de hacerlo bien hecho



Sergio Prenafeta Jenkin*

Señoras y señores: Me hago un deber de agradecer esta tarde la distinción con que me ha honrado el Laboratorio Chile. Ella toca a mi puerta luego de 36 años de quehacer periodístico desde que iniciara la tarea de divulgación de la ciencia en el diario El Sur de Concepción en 1963, cuando terminaba mis estudios de pedagogía en biología y química y me aprestaba para hacer uso de una beca Unesco en Francia, con el fin de conocer de cerca las experiencias metodológicas para contar la ciencia. Pero este premio no es uno cualquiera ni llega solo, sino que lleva el nombre de mi colega y amigo Hernán Olguín Maibé, un labriego de la divulgación científica que pese a su temprana partida, dejó frutos y semillas valiosos que adultos, jóvenes y niños de Chile le agradecerán siempre. Si se me permite usar el léxico más exacto de un botánico, debo señalar que Hernán fue un diseminulo del conocimiento nuevo y del progreso, y un propágulo del producto de la inteligencia humana. Aprovechando el respaldo que le brindó su

casa periodística y la asesoría de algunas sociedades científicas, especialmente las médicas, Hernán viajó- por el mundo en un momento muy especial de nuestra historia. Como lo recordara Margarita Serrano en la entrevista que le hiciera en la revista Mundo, "al propio interés de Hernán en la cosa científica, se sumó el hecho que en el año 74 al país no le quedó más remedio que llenar muchas más páginas sobre esos temas a falta de la posibilidad de informar sobre otros. Por razones obvias habían disminuido las noticias políticas y económicas, las que eran antes el fuerte de los programas informativos. Ante la necesidad de llenar espacios, por carambola, el campo de las noticias científicas adquiere un auge inesperado".

Durante sus 18 años como periodista de la Corporación de Televisión de la Universidad Católica de Chile, y en especial a través de su programa Mundo, supo mantener viva la capacidad de asombro de miles de personas haciéndolos participar en la aventura del conocimiento humano. El día de su funeral, el 28 de julio de 1987, Santiago vivió una



Sergio Prenafeta (izquierda) junto a Alfredo Andonie, Presidente del Directorio de Laboratorios Chile S.A., durante la ceremonia de entrega del Premio "Hernán Olguín" 1998 de Periodismo Científico. Andonie, gran impulsor de la divulgación científica, falleció trágicamente semanas más tarde en una de las más altas cumbres de Bolivia.

* Profesor de Periodismo Científico en la Escuela de Periodismo de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional Andrés Bello.

apoteosis. No hay memoria, en ningún país del mundo, que un comunicador científico haya calado tan hondo en el alma de su público como para repletar las avenidas al despedirlo en su último camino al campo santo. En nombre de la Asociación Chilena de Periodistas Científicos, ACHIPEC, que él ayudó a fundar y conducir desde la vicepresidencia, le di el último adiós pleno de emoción. Dije entonces que la obra de Hernán no debía terminar porque su legado desbordaba las fronteras de nuestra cultura. Propuse que Canal 13 crease una fundación que llevara su nombre, destinada a incentivar la especialización en periodismo científico y educativo en Chile. Junto a sus restos no teníamos que sólo llorar su ausencia sino comprometernos a mantener encendida esa llama para convocar y avivar el talento de jóvenes periodistas interesados en democratizar la ciencia, en hacer educación permanente a través de los medios, como lo hizo Hernán con denodado afán y éxito.

Tenemos largos 160 años de lectura de material de ciencia y tecnología incorporados en nuestros medios de comunicación social.

Nuestra propuesta, que la hicimos llegar luego por el camino directo a la dirección del canal, no tuvo eco. Como en el verso de Pezoa Véliz, tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada. Tiempo después, esta casa farmacéutica que nos ha convocado hoy, con la favorable venia de la familia de Hernán, instituyó en su memoria el premio que en una nueva versión recibo. La buena estela que dejó Hernán nos acompaña permanentemente, pero la difusión del conocimiento nuevo no se apagó en Chile con su partida, como tampoco se había iniciado con su acceso a la televisión, a fines de los años sesenta. Desde que don Andrés Bello introdujo por primera vez en “El Araucano” la traducción de las informaciones científicas aparecidas en los diarios ingleses que llegaban en los barcos de pasaje a Valparaíso, hacia 1840, tenemos largos 160 años de lectura de material de ciencia y tecnología incorporados en nuestros medios de comunicación social. Luego vinieron los propios naturalistas que contaron sus observaciones y hallazgos, y más tarde

fueron médicos, agrónomos, ingenieros y pedagogos los que llegaron a los diarios y revistas a pedir un espacio para exponer asuntos aparentemente tan disímiles como el combate a las enfermedades, la riqueza florística del país, la caída de meteoritos en el desierto de Atacama, las bondades del salitre, el incendio de los bosques de Aysén y su impacto brutal en la flora y fauna; la sistemática ocurrencia de temblores, terremotos y otros desastres naturales; la llegada de la antibioterapia; la industrialización generada al crearse la CORFO o la exploración antártica.

El inicio de la investigación espacial, en 1957, y el auge de los trasplantes especialmente los de corazón, en la siguiente década, sorprendieron a periodistas entregando tales informaciones al público. Respecto de la aventura del espacio, la tarea fue fácil porque todo el material venía redactado desde el exterior. En el campo de los trasplantes, en cambio, había producción compartida, mucho de sensacionalismo y errores que más bien fueron horrores, como asignarle más de cuatro cavidades al corazón o cambiarle la función a arterias y venas. Lo que ocurre es que la ciencia y la técnica siempre han sido las cenicientas del mundo hispánico. Nos llegaron tarde, hace sólo un siglo y se desarrollaron con lentitud. Y como si esto fuera poco, las pequeñas comunidades científicas que comenzaron a consolidarse en torno a las universidades históricas de nuestros países, fueron muchas veces diezmadas por la llamada fuga de cerebros, por los escuálidos presupuestos destinados a crear conocimiento nuevo o por la intervención que algunos gobiernos de facto hicieron en nombre de una “limpieza ideológica de los claustros.” En menos de tres décadas hemos visto con estupor el cambio de discurso de algunos ideólogos de la nueva educación, que ya no les piden a los jóvenes “Aprended, haced y servid”, sino “enriqueceos como podáis y cuanto antes podáis”(1)

A pesar de soplar sistemáticamente estos vientos en contra, tenemos entre los científicos y académicos a nuestros informantes de vanguardia. Ellos son buena parte de nuestras fuentes documentales y a partir de ellos, en apariencia aislados y alejados del mundo de los problemas cotidianos, tendemos puentes por los que

hacemos pasar el caudal de conocimientos que el gran público necesita para explicarse el mundo que está viviendo. para satisfacer el reto de la adaptación. No es tarea fácil oficiar de traductor del que investiga o maneja el conocimiento. Por lo general periodistas y científicos no se entienden. Ven el mundo por ópticas propias, se orientan por objetivos diferentes y actúan bajo motivaciones antagónicas. Por ese y otros motivos, no hablan el mismo lenguaje. Si bien es fundamental tener una idea de lo que el científico, el académico o el profesional estudia y realiza, lo cierto es que nuestra misión como periodistas especializados no consiste en que seamos expertos en ciencias, sino en ser expertos en expertos. Una de las cosas que más molestaba a Hernán era que lo llamasen “Doctor Olguín”. Él entendía muy bien que su tarea no era suplantar al médico sino que acercar la medicina a los pacientes. Pretender ser experto en expertos, entonces, no es un mero juego de palabras sino una tarea que no termina nunca, por lo que peca de fatuidad aquel periodista que proclama su ingreso al dominio de una ciencia por el sólo hecho de copiar resúmenes de Internet y transcribirlos en la columna que le ofrece un medio, y con ello mantener una clientela cautiva de lectores, o simplemente llenar aquellos espacios que deja libre la publicidad, con información miscelánea o curiosa de corte pseudo científico con la que finalizan muchos de los noticiarios de televisión: El “perro que habla” en Quillota, el último avistamiento de un ovni incluyendo sus enanitos verdes, o las curas para el Sida que proclama el doctor Dencil.

Por lo general periodistas científicos no se entienden.

En nuestra tarea de decodificar el mensaje de los científicos, nos encontramos con dos tipos de barreras que debemos franquear. Una es entender el idioma del especialista que le llama cefalea al dolor de cabeza y genu varum a las piernas arqueadas en forma de “O”, o que califica como biota al conjunto de flora y fauna que la gente común y corriente gusta llamar la naturaleza. Hay que armarse de paciencia y sobre todo ganar la amistad de nuestros informantes para que el mensaje final que le entregamos al público sea

recibido con interés y entendido con claridad. La segunda barrera que en forma paralela tenemos que vencer es la formación básica con que cuenta el público lector, auditor o telespectador. Este es un tema que no sólo nos preocupa en Chile sino que es universal. La revista Nature hace una década(2) dio cuenta de los resultados de dos investigaciones masivas y similares llevadas a cabo por los académicos John Durant, de Oxford, y Jon D. Miller de la Universidad Northern Illinois. Según estas investigaciones, sólo uno de cada tres británicos adultos sabe que la Tierra gira en torno al Sol y no al revés; sólo la mitad de los norteamericanos sabe que los humanos descendemos de especies menos desarrolladas y que el hombre primitivo no convivió con dinosaurios, como lo cuenta Pedro Picapiedra. Un tercio de los encuestados cree que la leche radiactiva puede beberse si se la hierva; sólo el 12% sabe que la astrología no es una ciencia, y la mayoría cree que los antibióticos destruyen los virus. Dichos investigadores estiman que el analfabetismo científico técnico es del 93% en los Estados Unidos y del 94% en el Reino Unido. Un año después de conocerse estos resultados, otro trabajo hecho en Canadá coincidió y con una apreciación similar.

No sé que exista una medición similar para Chile, pero la constatación empírica nos lleva a homologar las apreciaciones. Creo que aquí hay un tema de la mayor importancia para que las universidades lo examinen y propongan sus resultados al país y a las autoridades correspondientes. Este analfabetismo científico tiene sus raíces en sistemas educativos que nos enseñaron a responder y no a preguntar, que conformaron una escuela rígida y dogmática que nunca se atrevió a ensayar nuevas asignaturas, nuevos libros de texto, nuevos instrumentos de medición o de cálculo. Escuelas-salvo excepciones- que premiaron al memorión de las fechas de las batallas o de las valencias de los elementos, y que en fin impusieron normas de conducta y trasvasaron rudimentos fraccionados del saber acumulado, pero que no facilitaron el aprendizaje, no estimularon la creatividad, no infundieron entusiasmo por la exploración del mundo y de las ideas. Escuelas que reemplazaron el pensamiento crítico por el pensamiento mágico, la actitud

crédula y la admiración por la retórica vacía. Escuelas para contemplar el ayer más que para inventar el mañana. Escuelas, como hasta hoy, con profesores cansados y mal remunerados, sin energías ni tiempo para

reciclarse, para estudiar, para entender e interpretar los cambios a que conducen la ciencia y la tecnología en su vertiginoso avance.

Sacar la Ciencia a la calle...

Traducir y explicar el discurso del científico para el consumo mundano fue la propuesta que tempranamente se hizo Sergio Prenafeta Jenkin. Y no cabe duda que en los últimos 36 años lo ha logrado ampliamente, sirviendo no sólo al periodismo sino a la educación permanente. Graduado como profesor de biología y química en la Universidad de Concepción, Chile, en 1962, en el último año de dicha carrera ingresó también a la Escuela de Periodismo. Llegaba desde dos ciencias consolidadas a una que comenzaba a configurarse, las ciencias de la comunicación. Unesco lo becó entonces para conocer en Francia la metodología de la enseñanza de las ciencias, desde donde derivó a la Universidad Nacional Autónoma de Honduras para apoyar la formación de los maestros y a dar sus inicios en programas de televisión educativa. De vuelta a su universidad de origen, se sumó a la docencia de la botánica y a los primeros intentos por enseñar de forma práctica la ecología. Convencido que su tarea sería más fecunda fuera que dentro de las aulas y laboratorios, se sumó a las tareas de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, CONICYT, de Chile, y creó allí dos valiosos instrumentos para llegar tanto a los medios de comunicación social como a los niños y adolescentes de los colegios del país con el resultado del trabajo de la comunidad científica local y mundial.

Así fue como nació "La Semana Científica y Tecnológica" en dos versiones con énfasis diferentes, «hechas casi a mano, sólo con máquina de escribir, teléfono y mimeógrafo, y sin siquiera sospechar que luego vendrían el fax y el Internet», como él lo expresa. Pronto abrió el campo de la especialización y enseñanza del periodismo científico, así como la organización y reciclaje de sus colegas en la Asociación Chilena de Periodistas Científicos, ACHIPEC, que ha presidido por años. Tomó entonces a su cargo la organización de talleres y seminarios nacionales y luego latinoamericanos sobre la especialidad, estos últimos en Nicaragua, Guatemala, Costa Rica, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Brasil. Entretanto, dirigió y asesoró a revistas especializadas en comunicación de la ciencia en Chile, hizo divulgación en radios y mantuvo programas especiales en la televisión universitaria de su país.

En 1989 fue director fundador de la escuela de Periodismo de la Universidad Austral de Chile, la que diseñó dando especial énfasis a la divulgación científica, y luego hizo otro tanto desde la dirección de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, en Santiago. En este último cargo le sorprendió su designación como presidente de la Asociación Iberoamericana de Periodistas Científicos, AIPC.

Sus tareas, sin embargo, no se han reducido sólo al área del periodismo. Ha sido el gran organizador en Chile de las actividades que benefician a las personas discapacitadas y sus familias, y en mérito de ello ha ocupado en los últimos seis años la secretaría ejecutiva del Fondo Nacional de la Discapacidad, Fonadis, "desde donde hemos comenzado a pagar la deuda social que Chile arrastra históricamente con las personas diferentes", como acostumbra a decirlo.

Actualmente Sergio Prenafeta es profesor de periodismo científico en la Escuela de Periodismo de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Andrés Bello.

A sus 60 años, Sergio Prenafeta se apronta para iniciar el año 2000 con nuevos planes en el campo de la comunicación interactiva y en la democratización de la ciencia "para sacarla a las calles, donde viven los que ignoran que la financian indirectamente, y a cuyo conocimiento y usufructo debe volver".

En nuestra tarea de decodificar el mensaje de los científicos, nos encontramos con dos tipos de barreras que debemos franquear. Una es entender el idioma del especialista. La otra, la formación básica con que cuenta el público lector, auditor o telespectador.

Pero a estos dos obstáculos señalados - entender el lenguaje de la ciencia y la capacidad de captarlo por parte del público - hay que agregar un tercero: nuestra propia formación como comunicadores y nuestra ética como periodistas. Los medios informativos, cualquiera que ellos sean, están obligados a aceptar un patrón mercantil de la noticia que los obliga a contar preferentemente lo que tenga inmediatez, proximidad, prominencia, rareza, conflicto, suspenso, emoción y consecuencia lo más directa posible. En este verdadero zapato chino en que se nos mete, el dato científico no es la noticia y, por lo mismo, no le interesa al editor aunque sí al periodista que se especializa en comunicar la ciencia. De esta forma se busca a la ciencia y a quienes son sus directos usuarios por la vía del sensacionalismo, que más temprano que tarde desorienta al público, festina un trabajo intelectual que a veces suma años de esfuerzo y nos cierra las puertas de laboratorios y gabinetes. Creo de justicia señalar aquí que existen en Chile medios de comunicación que intentan, con alguna periodicidad, revertir esta situación y mantienen suplementos y columnas dedicadas a contar la ciencia en su más amplio espectro, esto es desde las ciencias sociales a las ciencias exactas. Pero la tarea del periodista científico no es sólo la de contar cosas. Él es, antes que nada, un educador permanente, y lo primero que está llamado a educar es la conciencia de la libertad y del poder en una cultura fundada en los valores del conocimiento y en la conciencia de poderío sobre la vida

La educación es el proceso autoregenerativo de la sociedad, a través de la formación espiritual del individuo. Parte de esta tarea nos corresponde asumirla con la mayor responsabilidad desde los medios, y para hacerlo hay que prepararse mucho más allá de saber escribir con alguna gracia y

precisión, o estar informado de lo que piensa Mac Luhan, Dumazedier o algún teórico de moda. Las noticias cada vez más son las malas noticias. En el plano internacional y en una sociedad cada vez más globalizada, asistimos a una suerte de barbarie periodística que altera y corrompe los sentimientos y el buen gusto públicos. Hay una suerte de estupidez colectiva que hace posible que lo ramplón, lo estólido, lo ordinario y chabacano se difundan sin resistencia y hallen ecos de simpatía aún entre grupos culturalmente responsables (3) Todos parecen esforzarse por darle recreo a la inteligencia, en circunstancias que la formación del hombre es, esencialmente, la formación de su inteligencia.

Si la nueva educación para la nueva sociedad se perfila como un humanismo concreto, necesitamos entonces humanistas que abarquen en su sueño del mundo el conocimiento técnico y científico de la hora, porque sin ellos no habrá mundo(4). Nuestra tarea es la de coadyuvar en su formación cotidiana a través de esa inmensa escuela paralela que hoy conforman los medios de comunicación social.

El periodista científico es un educador permanente.

Unas pocas escuelas de periodismo incluyen hoy la asignatura de periodismo científico como complemento formativo de la carrera. Quienes asumen allí la docencia hacen esfuerzos denodados para interesar a los jóvenes no sólo en la gran aventura del conocimiento que involucra el trabajo científico, sino en entender el lugar del hombre común y corriente frente a tales adelantos. Durante los años en que he asumido la tarea docente, les he exigido a mis alumnos que no sólo informen sino que tengan un pensamiento propio sobre la importancia que en Chile se haga ciencia y tecnología con sello propio para afianzar así nuestra independencia intelectual. Pero al mismo tiempo, que reflexionen seriamente sobre asuntos trascendentes como el aborto, la regulación de la fertilidad de la pareja humana; la eutanasia, el uso de las armas nucleares, el respeto por la vida y los derechos humanos; la manipulación genética,

la donación de órganos, el deterioro creciente del hábitat natural, la deshumanización de la medicina y, en fin, la dignidad más que la mera calidad de vida de las personas. Chile carece de un plan nacional de divulgación de la ciencia y la tecnología, y los jóvenes entusiastas en aplicar sus conocimientos que egresan de nuestras aulas, no encuentran dónde y cómo seguir preparándose u ocuparse, y deben caer en la rutina de hacer trabajos ajenos a su vocación. No existe en los medios informativos de nuestro país el cargo permanente de redactor en ciencia y tecnología -como lo hay de deportes, policía o economía- y si algunos colegas lo ejercen constituyen la excepción. A ello se suma el poco estímulo que el aparato estatal y el sector privado brindan al comunicador científico, en una especialidad en que siempre se lo está llamando para informarlo pero muy poco para formar.

Chile carece de un plan nacional de divulgación de la ciencia y la tecnología.

Confieso ante ustedes tener tres amores en mi vida: mi familia, la causa de las personas discapacitadas y la comunicación de la ciencia. A los tres he tratado de atender y servir con la fuerza y dedicación que se merecen y aquí están esta tarde mi familia, mis colegas y quienes me distinguen con su amistad para acreditarlo.

Amigas y amigos:

Los reconocimientos, como este que recibo de parte de Laboratorio Chile, estimulan la pasión por el trabajo, pero no tanto como la satisfacción de hacerlo bien hecho. Al girar la Tierra sobre sí misma, algunas partes del círculo entran constantemente en las sombras y otras emergen a la luz del sol: en las unas, cae la tarde y en las otras, amanece. La misma luz azul y nacarada ilumina el crepúsculo y la aurora. Así, en la vida humana, mientras unos, poderosos y altaneros, comienzan a hundirse en el atardecer de la cultura, otros entonces, más débiles, laboran con fervor el alumbramiento de nuevas sociedades. Es esta última la hermosa tarea que nos corresponde emprender como infatigables peones del periodismo científico. Muchas gracias.

Conferencia dictada el 29 de abril de 1999 con motivo de la recepción de Premio Hernán Olgún 1998 de periodismo científico.

REFERENCIAS:

1. BUNGE M (1990) La opinión pública y el desarrollo científico y técnico en una sociedad democrática. *Arbor* 136: 13-42
2. DURANT JR, EVANS GA, THOMAS PT (1989) The public understanding of science. *Nature* 6228: 11-14
3. MILAS J (1962) El desafío espiritual de la sociedad de masas. Santiago. Edic. Universidad de Chile
4. GOULD LM (1973) La ciencia y el humanismo de nuestro tiempo. En: Unesco. Ciencia ¿ídolo o peligro? Barcelona, Promoción Cultural

El Periodismo científico tuvo su cita mundial en Budapest

Como una reunión satélite al término de la conferencia Mundial de Ciencias (“Ciencias para el siglo XXI, un nuevo compromiso”) realizada en Budapest, Hungría, tuvo lugar entre los días 2 y 4 de julio último el Segundo Congreso Mundial de Periodistas Científicos, convocado por UNESCO y la Asociación Europea de Asociaciones de Periodismo Científico, EUSJA. Participaron 146 personas de 29 países, y del informe final preparado por el presidente de la Asociación Iberoamericana de Periodistas Científicos, AIPC, Sergio Prenafeta Jenkin, transcribimos la información que sigue.

La conferencia fue inaugurada por Mauricio Laccarino, representante del Director general de la UNESCO, quien señaló el interés del organismo por facilitar el trabajo y la formación de quienes laboran entre las dos culturas, la del saber organizado y la que vive al margen del conocimiento nuevo, indicó que a los gobiernos les cabe la gran tarea no sólo de apoyar el desarrollo de la ciencia sino de facilitar el trabajo de los periodistas encargados en divulgarla. Recordó los límites alcanzados por la biología al concluir el siglo, en donde basta tomar una sola célula de la piel para regenerar un tejido, pero también -con esa misma técnica- producir otros organismos con las implicancias éticas que aquello significa para el caso concreto del ser humano. Ello indica -anotó que el trabajo del periodista científico no debe reducirse a comunicar literalmente lo primero, sino en pronunciarse responsablemente y advertir al público sobre los alcances éticos de éstos y otros avances.

Una de las conferencias inaugurales estuvo a cargo del Editor jefe de la revista Science, Floyd E Bloom, quien analizó el papel que le cabe al periodista científico para que el público adopte una mejor disposición al cambio. Se refirió al desarrollo de la genética en la agricultura, con logros que pocos fueron capaces de anticipar hace 30 años, y advirtió el fácil recurso del sensacionalismo y la necesidad de detenerlo, sobre todo frente a temas que se prestan para exceder los alcances de la investigación, como los problemas del medio

ambiente, las promesas de la genética o la probable cura de los cánceres y el Sida. Indicó que el uso de Internet generó grandes cambios al canalizar de forma inmediata y continua gran parte de la información directa hacia el público, saltándose el concurso de mediadores locales, los periodistas científicos, lo que sin duda ha significado replantear la tarea de este tipo de comunicadores dentro del ámbito de una educación permanente

El Premio Nobel de Física Leon M. Lederman (Illinois, EE.UU.). examinó por su parte qué hacer frente a una sociedad que simplemente no entiende la ciencia, pero que tiene gran necesidad de ella. ‘Los científicos nos esforzamos por incrementar el conocimiento, indicó, pero es necesario alfabetizar al público sobre el significado de los avances, algo que no todos están ni con tiempo ni disposición de hacer. Winston Churchill solía recomendar, en medio de la guerra, que era imprescindible ‘pelear siempre la playa’, esto es llenar los espacios donde todos están, viven y trabajan y hasta donde hay que llegar con el conocimiento nuevo. La ciencia es una manera y un camino para el conocimiento, por lo tanto cabe divulgarlo a todo nivel, desde el jardín infantil a la universidad, desde el trabajo al hogar, pero sobre todo en el colegio, donde radica la gran reserva y desafío del siglo XXI, sin menospreciar lo que pueda alcanzar cualquier medio: diarios, revistas, televisión, radio, cine, museos, etc.’. Lederman subrayó que Estados Unidos vive una profunda crisis en su educación y puso énfasis en la necesidad de reciclar permanentemente a los profesores en sus dominios particulares, para evitar que los alumnos se aburran en las clases cuando descubran que existe un desfase entre los avances de la ciencia y la tecnología que los medios de comunicación informan, y las materias que se enseñan en el aula, buena parte de ellas obsoletas.

El panorama que presentó por su parte James Cornell, presidente de la Asociación Internacional de Escritores de Ciencia, fue polémico, como vender ciencia a través del periodismo. “En una época de comunicación

instantánea, de comida chatarra y de pañales desechables, no sorprende que la noticia científica, antiguamente considerada un producto intelectual y hasta esotérico, alternativo a la usual mezcla de asesinatos, mutilaciones y atrocidades presentadas por los medios, comience ahora a ser también un bien transable en el mercado mundial. El mundo serio y formal de los científicos se ha vuelto hoy lleno de publicidad solicitada, los oficiales de la información académica hacen marketing y los periodistas científicos rompen las reglas éticas y los embargos informativos en una frenética caza de historias más vendedoras, ignorando la exigencia profesional de la comprobación de los hechos que se informan y abusando así de la credibilidad pública". Cornell preguntó si los culpables de este estado de cosas eran los medios informativos, los científicos, las relaciones públicas, las agencias o el Internet, y concluyó que todos tienen parte de culpa, sin embargo las causas son tan complejas como sus consecuencias. "Lo que falta es un cambio de las actitudes tanto entre lo que el público consume como en lo que se le entrega como noticia, poniendo siempre interés y cuidado en el contenido educativo del mensaje y en la interpretación que se brinde al lector científico".

El congreso reunió a los editores de las más importantes revistas de información y divulgación científica del mundo. Winfried Goepfert, jefe del Centro de Periodismo Científico de la Universidad Libre de Berlín, dio cuenta de un reciente estudio válido para Alemania donde indica que cerca de un tercio de todos los artículos periodísticos que se publican están basados en "papers" aparecidos en revistas tipo Science o Nature, en atención a que gran parte de tal material es consumido por lectores especializados como científicos, especialistas o personas vinculadas al tema. Se trata, señaló, de un tipo de periodismo orientado hacia quienes buscan saber algo más allá de lo cotidiano, ya que si bien los científicos necesitan leer bastante nunca tienen el tiempo suficiente para informarse sobre otras disciplinas que no sean la propia y, sobre todo, que aparezcan en otras revistas que no sean las del tipo Science o Nature. Indicó que era aconsejable mantener buenas secciones sobre ciencia y técnica en diarios y revistas con

concisos reportajes sobre lo que informan las revistas "top" de cada semana. Goepfert denunció, sin embargo, que las revistas de este tipo imponen prohibición de hacer resúmenes de sus ediciones ya que establecen cuáles deberían ser los artículos más importantes a destacar, lo que se traduce en que los periodistas y las agencias terminen reportando sólo dichos temas. Ella revela, expresó, que en cierta forma la comunidad científica controla el proceso de diseminación de la información. El informe de Goepfert generó discusión cuando se preguntó cuál es, entonces, el verdadero papel que debe cumplir el periodismo, si darle satisfacción a algunas fuentes o servir de puente para estrechar la brecha que existe entre los científicos y el público, atendiendo el interés de estos últimos de no sólo recibir una traducción o decodificación del mensaje críptico del experto sino de contar con una explicación del contexto en el cual se encuentra el hombre de la calle que se interesa por la ciencia. La mayoría de los lectores, sostuvo, no están interesados en conocer detalles especializados de cómo se generó un determinado resultado, pero si quieren saber para qué servirá.

El tema fue analizado con más detalle en el panel "Periodistas científicos, desde Nature a las revistas populares. El rol de las publicaciones líderes y sus efectos", que le cupo conducir a Sergio Prenafeta, En él participaron los editores Floyd E. Bloom, de Science; Alum Anderson, de New Scientist; Gerard Chevalier, de La Recherche; Wolfgang Goede, de la revista alemana PM Magazin (Muy Interesante, en español); Reiner Korbmann, de Bild der Wissenschaft, y Ehsan Masood, de Nature. Mientras las revistas que acogen sólo trabajos originales sometidos a altos estándares y severa evaluación no manifiestan interés por decodificar sus mensajes, conservando intacto su objetividad y rigor, otras "se esfuerzan por incendiar y estimular las mentes del público, desarticulando los viejos esquemas de su pensamiento a fin de animarlos para el reencuentro con audaces hipótesis que les conduzcan a asumir la aventura de explorar sus propios secretos", al decir del editor de PM Magazin. Para el New Scientist las posiciones extremas en el enfoque de los mensajes pueden compatibilizarse teniendo presente que para comunicar la ciencia al público hay que atender

cuatro roles distintos: educar; asumir la defensa de la comunidad científica; explicar y comentar críticamente el proceso de creación científica y su relevancia, y presentar la ciencia en su vertiente de entretenimiento. La Recherche, por su parte, se sitúa entre dos extremos que calificó como del elitismo y la degradación, como una revista que tiene tanto de popular como de profesional dado a que buena parte de su público no son lectores habituales de ciencia ni tampoco periodistas. “La creciente presión ejercida sobre los científicos por la práctica profesional -publicar o perecer, hiperespecialización, burocracia, caza de ayudas y becas, redundancia en una falta de capacidad y disposición de los autores para comunicarse con una tan inmensa como heterogénea audiencia”, explicó Chevalier.

La mayoría de los editores presentes tiene un postgrado de magister o doctorado en ciencias, sin embargo Reiner Korbmann declaró carecer de tal calificación y provenir del periodismo. “Pertenezco y sirvo al ámbito del público más que al de los laboratorios. Creo que periodismo científico es algo más que escribir sólo de ciencias. Es adentrarse en el conocimiento acerca del proceso científico y sobre alguno de sus resultados más importantes. Y es esta habilidad para transformar el mensaje -y no traducirlo literalmente- lo que permite tener favorable acogida en distintas audiencias”, sostuvo. Su revista organiza viajes científicos, reuniones y grupos de trabajo; edita videos y CD-ROM sobre tópicos específicos (hicieron el seguimiento mundial del último eclipse total del siglo) y se ocupa en motivar a niños y adolescentes con juegos didácticos donde el tema científico está siempre presente.

El diálogo de los editores demostró la existencia de concepciones distintas y hasta irreconciliables en la divulgación de la ciencia. Algunos indicaron que en el último decenio se

advierde una creciente ambigüedad del público hacia la selección de los tópicos que más les interesa de las ciencias, lo que es de responsabilidad de los medios y no de los científicos. Es el caso de la estación espacial rusa MIR, que hizo noticia sólo cuando entró en dificultades, sin embargo los medios informativos ignoraron todos sus avances logrados durante los diez años anteriores. Lamentablemente fue ese hecho el que permitió que se transmitiera una visión negativa de la ciencia y tecnología espaciales, antes de recuperar la valiosa información de los programas que realizó dicho programa.

Durante el congreso se dieron a conocer diversos programas para divulgar ciencia y tecnología, aprovechando los modernos medios electrónicos. Uno de ellos es EICOS (European Initiative for Communicators of Science), programa europeo conducido por el Instituto Max Planck de Biofísica de Göttingen que selecciona anualmente a 12 periodistas de Europa y los convoca durante ocho días para explicarles el trabajo que allí se realiza, lo que también ocurre con otras entidades huéspedes como el Instituto Pasteur de París o el Centro para la investigación del Cáncer de Heidelberg. La iniciativa nos interesa replicada en Iberoamérica.

La cita de Budapest no finalizó sin antes abrir una audiencia pública para que personas ajenas a la actividad científica y periodística - lo que eufemísticamente llamamos “la gente común y corriente”- pudiera interpelar a los comunicadores sobre la forma como realizan su trabajo y eligen sus temas; por qué privilegian los avances médicos, espaciales y medio ambientales y por qué le restan importancia a las ciencias sociales y a las humanidades. Otro tema de interés para abrir esos mismos diálogos cara a cara con el público en países de habla hispana y portuguesa.